

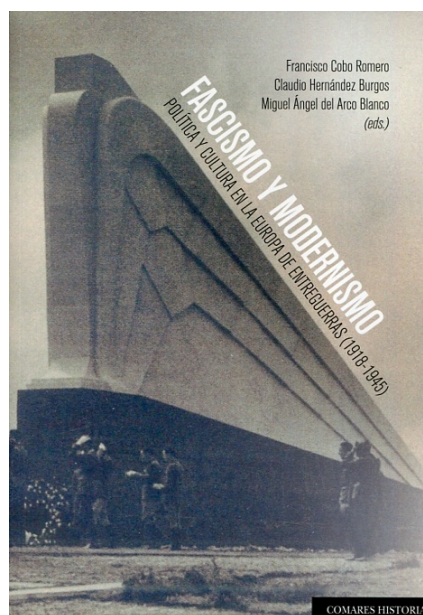
Francisco COBO ROMERO, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (eds.): *Fascismo y Modernismo. Política y cultura en la Europa de Entreguerras (1918-1945)*, Granada, Comares Historia, 2016, 281 pp., ISBN: 978-84-9045-457-2

Guillermo Sáez Aznar
Universidad de Zaragoza

La complejidad del fascismo como concepto

Los estudios en torno al fascismo que lo valoran como uno de los movimientos más determinantes del siglo XX han sido –y siguen siendo– uno de los principales temas de la historiografía profesional a lo largo de las últimas décadas, por lo que en principio podría parecer que ya no quedan nuevas vías para profundizar en cuanto a su conceptualización. Sin embargo, en *Fascismo y Modernismo* se vuelven a plantear diversas perspectivas a lo largo de un volumen donde se dan cita reconocidos especialistas para abordar diversas temáticas en relación con la naturaleza de un fenómeno tan diverso y difícil de aprehender. De hecho, a las categorías de reflexión más habituales incluyen otras líneas de investigación en relación con hechos más directamente culturales que si bien no son estrictamente novedosos en sí mismos, no han sido trabajados hasta la fecha con la misma profusión y enfoque transnacional que los anteriores, por lo que se plantea necesario profundizar en ellos para aportar mayor grado de conocimiento y poder seguir avanzando en ese sentido.

La obra, editada por Francisco Cobo Romero, Claudio Hernández Burgos y Miguel Ángel del Arco Blanco, es resultado del segundo encuentro del «Seminario Interuniversitario de Investigadores del Fascismo» (SIIF) celebrado en la Universidad de Granada en 2015 y donde reunieron a buena parte de los investigadores nacionales e internacionales más destacados de la comunidad historiográfica. De hecho, este formato favorece no sólo que se amplíe el ámbito de los fascismos más trabajados y conocidos en la Europa occidental, sino que la perspectiva comparada que adoptan permite ampliar nuestra capacidad analítica para superar aquellas visiones que los valoraban simplemente en la medida en que se acercaban a las dimensiones alcanzadas por el caso alemán, como si el resto de experiencias no merecieran ser analizadas en sí mismas. Precisamente, la variedad de conceptos y caracteres ideológicos del fascismo hace necesario seguir profundizando en su naturaleza hasta alcanzar una pretendida categoría universal que unifique las numerosas aportaciones desde las distintas experiencias desarrolladas en cada territorio, todo ello con el objetivo de defender la «existencia de un fas-



cismo genérico dirigido, tanto en sus orígenes como en el inmediato presente, hacia la superación de las carencias y desequilibrios gestados por la modernidad» (P. 2).

Para ello, el volumen se articula en torno a seis bloques en los que catorce capítulos presentan un texto que sintetiza las amplias investigaciones desarrolladas por cada historiador en relación a la conceptualización del fascismo, principales dinámicas, relación con otros fenómenos, etc., el cual se sustenta en un vasto aparato bibliográfico incluido a pie de página que facilita la consulta del mismo. Así pues, tras una introducción en la que sus editores presentan el sentido de la obra y su proceso de gestación se pasa a la primera parte, «Fascismo, ¿revolución modernista o reaccionaria?», donde se entra en el debate sobre su naturaleza entre la clásica disyuntiva de mera contrarrevolución o proyecto revolucionario cultural vinculado, de este modo, con el modernismo. Para ello, Roger Griffin analiza su concepción como un instrumento para superar la crisis de la modernidad a partir de la tesis de que sólo las visiones clásicas y más restrictivas del concepto de «modernismo» pueden negarle dicho carácter a un movimiento regenerador que aunaba numerosas innovaciones en aspectos intelectuales, espirituales, sociales o científicos, es decir, un amplio contenido multidisciplinar. En ese sentido, resulta clarificador cuando afirma que «el modernismo puede ser conceptualizado como una rebelión *contra* la modernidad, un intento palingenésico para crear un nuevo *nomos*. No es antimoderno, sino un asalto sobre la modernidad *existente*, y postula una nueva visión de la vida, una modernidad *alternativa*» (P. 25), de manera que su tesis invita a reconsiderar el fascismo como un proyecto revolucionario de transformación social. Por su parte, Francisco Cobo Romero presenta un ejercicio de historia comparada de los diferentes procesos desarrollados en la Europa de Entreguerras desde una perspectiva social para señalar las limitaciones de los proyectos revolucionarios, tanto de los regímenes plenamente fascistas como de aquellos parafascistas. En ese sentido, su tesis es que queda de manifiesto que pese a la retórica y estética netamente revolucionaria, en la práctica y en las transformaciones que llevaron a cabo se mostraron menos intensos, matizando así esa clásica visión.

El segundo bloque se agrupa bajo el epígrafe «Fascismo en Europa» y la inicia el capítulo de Francisco Morente Valero centrado en la importancia del movimiento universitario vinculado al NSDAP durante el periodo final de la República de Weimar. A partir de un análisis de su trayectoria destaca que se trató de la primera experiencia completa de fascistización de un colectivo en Alemania, aunque incide en que para ello no hicieron uso de ideas que supusieran una modernidad amenazante para sus posiciones, sino una actualización del pensamiento tradicional con elementos modernos y un lenguaje rupturista que fuera intercambiable con sus valores para poder atraer a una mayoría que procedía de la derecha tradicional antirrepublicana. En cuanto al caso español, Ferrán Gallego incide en su verdadera profundidad ideológica surgida tras un largo proceso de mutación desde su momento fundacional y fuertemente marcado por los elementos culturales y experiencias propias del país. Así pues, a partir de ese planteamiento y con el bagaje conceptual de su trayectoria investigadora, el autor sintetiza brevemente aquellos elementos principales y propios del proceso de fascistización del movimiento español—desarrollados ampliamente en otras obras— para indicar los ámbitos en los que deberían seguir profundizando la historiografía para ser capaces de valorarlo no sólo a partir de su desarrollo tras el triunfo en la Guerra Civil, sino desde sus momentos fundacionales y, quizá, más confusos o ambiguos.

En «Fascismo y Guerra» se presenta una reevaluación de la importancia de dicha experiencia tanto para la formación del movimiento como en su posterior desarrollo, comenzando por el estudio comparado de Ángel Alcalde a partir de fuentes primarias procedentes de ex combatientes alemanes, franceses e italianos y que le permite matizar la tesis de su «brutalización» general. Así pues, pese a que el pensamiento palingenésico fue un elemento transnacional presente en distintas formas y grados —aunque sólo de manera destacada en Italia—, defiende que dichas ideas de renovación no pueden vincularse exclusivamente al ultranacionalismo ni, de manera directa, al fascismo, tratándose de un proceso mucho más complejo. Por su parte, Miguel Alonso Ibarra sigue un método similar pero centrado en el ejército rebelde de la Guerra Civil española para señalar que, contra lo que pudiera esperarse, dentro de la socialización de su tropa la ideología fascista no fue un elemento común y dominante en todos ellos. Planteando que la particularidad de ser un conflicto interno tuvo su influencia, llega a la conclusión de que la interiorización de su ideología fue muy heterogénea y generó una amplia «escala de grises» que impide conceptualizarlos como fascistas de manera monolítica, al margen del posterior consenso construido en torno al franquismo. Para cerrar este bloque, Javier Rodrigo analiza la actividad bélica de Italia durante los años treinta para, lejos de ser una síntesis descriptiva, incidir en su propio proceso de radicalización bajo el mito imperial y previo a su entrada en la Segunda Guerra Mundial frente a visiones simplificadoras. Esto le permite destacar, al margen de su importancia dentro del proceso de fascistización europeo a través de la guerra total —con especial atención a su intervención en España—, el continuo que supusieron sus operaciones dentro de una violencia extrema que sirve para establecer una visión de conjunto entre ellas y que permite entender tanto la complejidad del proceso como el final al que se vio abocado.

En el cuarto bloque, «Fascismo: cristianismo y religiosidad popular», se aborda la función que tuvieron dichas prácticas dentro de su conformación ideológica y de su visibilidad en el espacio público, siendo quizá la parte más descriptiva del volumen. Para ello, Constantin Iordachi presenta la importancia que tuvo el cristianismo y el culto a los mártires dentro del fascismo rumano a través de la Legión del Arcángel Miguel, siendo el martirio uno de los motores de la religión política fascista. A través de un minucioso análisis presenta la importancia del culto a los caídos elaborado a partir de la muerte de dos de sus líderes en la Guerra Civil española para conseguir que los sacrificios voluntarios con propósitos políticos fueran honrosos para sus miembros, articulando así una ideología carismática de salvación y regeneración nacional que sirvió a su vez para explotar las creencias y miedos populares en su beneficio. En la misma línea, César Rina trata su vertiente más popular en el caso español para señalar que si bien en un principio se dotaron de significados políticos falangistas que legitimaran e identificaran plenamente con el proyecto franquista, transcurridos unos años las autoridades católicas optaron por liberarse de los mismos. En cualquier caso, tras exponer el modo en que se realizó dicha fascistización y la vistosidad que alcanzó en el espacio público durante la posguerra, el autor señala que si bien no lograron el objetivo de construir una verdadera religión política a nivel popular, consiguieron la unión entre el nacionalcatolicismo y la simbología fascista para que fueran asimilados por la colectividad como representación del franquismo y de su jerarquía.

La quinta parte trata sobre «Fascismo: espacio público y arquitectura», un interesante planteamiento donde Claudio Hernández Burgos presenta, en primer lugar, una reflexión

conceptual en torno al sentido de «espacio público» dentro de este tipo de regímenes entendiéndolo como la relación entre el poder del Estado y las sociedades de manera compleja a partir de distintos enfoques. En ese sentido, se centra en los intentos de fascistización de los espacios cotidianos para influir en la vida diaria y su asunción o contestación por parte de sus habitantes, siendo el mapa urbano un recurso de gran utilidad para ejercer su dominación aunque señala que, en todo caso, no pudieron alcanzar su totalidad y existieron otros proyectos que disputaron la hegemonía del fascismo. En cuanto a estructuras arquitectónicas, Daniel Domenech Muñoz realiza un estudio comparado entre los modelos alemanes, italianos y españoles para destacar la ausencia de una tipología común que permita hablar de una propia tipología fascista internacional. De hecho, señala que la elección de un estilo u otro por cada régimen obedecía a la representación propagandística de los valores de poder, legitimación, cotidianeidad, transgresión y atemporalidad que querían transmitir para crear o reforzar su identidad nacional regenerada, argumentándolo a través de una interesante reflexión conceptual sobre la que sustenta dicha tesis.

El volumen finaliza con un espacio dedicado a «Intelectuales y Fascismo» y que se inicia con el capítulo de Rita Almeida de Calvalho y Annarita Gori sobre el mito transnacional de la «Latinidad» impulsado desde Portugal con el objetivo de regenerar el mundo occidental a partir de ese ambiguo modelo, aunque se vio frenado tanto por el propio proyecto del fascismo italiano como por otras opciones de nacionalismo portugués promovidas en el régimen de Salazar, analizando las razones que llevaron a preferir una mayor cohesión identitaria del país en lugar de favorecer la unión entre dichos estados. Tras ello, Steven Forti retoma el estudio sobre personalidades relevantes para afrontar de manera comparada el de Pierre Drieu La Rochelle en Francia y Curcio Malaparte en Italia, aunque en este caso presenta la dificultad de conocer la ideología política en sujetos cuya producción profesional estaba dedicada a la intelectualidad y la literatura, presentando a partir de ello una teorización sobre las seis «ideas-fuerza» que identifica para entender su paso del fascismo al comunismo –y viceversa– y que considera distinto al realizado por dirigentes políticos tráfugas. Por último, Eduardo Hernández Cano analiza los ensayos publicados por Ernesto Giménez Caballero entre 1927 y 1935 para destacar que en su caso la opción del fascismo surgió desde el modernismo como una búsqueda de soluciones políticas a los problemas específicos del campo cultural del que formaba parte como escritor, aunando tanto formas tradicionales como modernidad hasta llegar a teorizar un fascismo que resolvería esa supuesta crisis de legitimidad que atribuía a la situación de entonces y una nueva cultura nacional moderna.

Así pues, a modo de breve conclusión tras la síntesis realizada sobre el diverso contenido reunido por los distintos historiadores mencionados, una de las ideas generales que prevalece es la conceptualización del fascismo como un movimiento e ideología compleja que hace necesario un análisis multidisciplinar y comparado para poder seguir avanzando en su conocimiento, como se ha demostrado a través de argumentos procedentes de la politología, sociología política o historia cultural. Todo ello, además, pese a las restricciones en la extensión propias de este tipo de formatos académicos, por lo que cual resulta un mérito a valorar la capacidad para resumir y destacar las partes más importantes de sus amplias investigaciones –algunas de ellas posteriormente publicadas en obras propias–. De este modo los editores consiguen de manera solvente el objetivo de reunir en un único volumen una amplitud temática y conceptual que permite obtener una visión de conjunto sobre los nuevos estudios sobre los que

se sigue construyendo la historia del fascismo en todas sus manifestaciones. Sin embargo, en algunos capítulos se observa cierta falta de profundidad conceptual o conexión con la idea de modernismo planteada como línea central así como, por otra parte, aquellos en los que debido al menor conocimiento general de sus procesos nacionales o el análisis de casos específicos necesitan una exposición más descriptiva hasta poder presentar las tesis y conclusiones exportables a otras experiencias fascistas.

En cualquier caso, este volumen constituye una aportación historiográfica de importancia al ser capaz de presentar distintos paradigmas interpretativos que hacen posible superar aquellas visiones más tradicionales que limitaban su estudio a sus casos más significativos — especialmente el alemán— pero sin pretender zanjar o dar por concluidos los debates que afronta, sino replantearlos y redefinirlos para seguir profundizando en ellos. Por estos motivos, la lectura y análisis de *Fascismo y Modernismo* permite ampliar nuestro bagaje historiográfico a partir de los ejercicios de conceptualización, reinterpretación e historia comparada plasmados a través de una metodología cuidada en la que toda tesis anterior es sujeta a crítica para poder discernir mejor el sentido del proceso analizado. De este modo se contribuye a la renovación de un campo que, lejos de agotarse, sigue presentando importantes retos en torno a la reinterpretación del fascismo entendido como fenómeno amplio y su vinculación con conceptos en principio contrarios como pueda ser el de modernismo.